HERALDO DE MURCIA

AÑO III — DIARIO INDEPENDIENTE — NUM. 763

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
En la península UNA PESETA al mes.—Extranjero, tres meses 7'50 PESETAS.
Comunicados á precios convencionales
Redacción y talleres: S. Lorenzo, 18.

SABADO 22 DE SETIEMBRE DE 1900

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS
En cuarta plana. . . . . 00'05 pesetas línea
En segunda y tercera. . . . . 00'10 id. id
En primera. . . . . 00'20 id. id.
Administración: Saavedra Fajardo, 15

UNA LIMOSNA PARA LOS ASILOS DEL HAMBRE

UNA LIMOSNA Y UNA PROTESTA

¡Qué tristeza! ¡Qué desesperacion!

Lentamente agonizan en medio de los mayores sufrimientos 586 asilados.

No hay esperanza; la terrible agonía de la necesidad es el término fatal, necesario, previsto, de una enfermedad inexorable; el hambre.

186 pobres dementes, en el paroxismo del dolor, solicitan la muerte como la suprema gracia que pudieran ya aguardar de la humana piedad.

150 huérfanos de padre y madre completamente encanijados de tanto padecer, piden una mano bondadosa que les lleve agua y pan con que endulzar los primeros albores de una vida llena de privaciones.

250 ancianos descrépitos desean la muerte como el único desenlace que puede poner término á tanta tortura que sufren en el asilo del hambre.

¡Que drama más sombrio!

¡Que cosa más horrible! Agrupadas en torno de un refetorio donde solo se veian mesas empolvadas por el tiempo, sin una miga de pan y un rancho que dar á tanto desgraciado, veíanse unas monjas que aunque hijas de la caridad no podian egercitarla. Y ante las fervientes invocaciones del agonizante, ante las mudas pero expresivas súplicas de aquella desolada familia contentábanse esos ángeles de la caridad, con mover lentamente la cabeza con ademán de profundo abatimiento y negacion, diciéndoles:

¡No hay!

Inmóvil, cruzados los brazos, contraido el semblante, semejando á la estátua de la impotencia, habia más allá, no muy lejos, un gobernador que, llamándose cristiano, no sentía oprimirse su corazon por el amargo sentimiento de no haber previsto y remediado á tiempo aquel cuadro desolador.

¡No matarás, nos dice el decálogo!

¡No matarás, nos dice la conciencia!

Y sin embargo consentimos que los asilados mueran de hambre.

Por encima de las tapias de un edificio vetusto y sombrio destácase la cruz, y sobre el fondo azul de un cielo como el nuestro, debe destacarse la caridad particular y socorriendo con una limosna, hacer ver á todo el mundo que aun sentimos en nuestras mejillas el rubor de la vergüenza y en nuestros corazones el sentimiento nobilisimo de la caridad.

Avergüenza y afligen los datos que se dán respecto de lo que á diario ocurre por falta de víveres en los asilos benéficos; entristece y abate el ánimo el pensar que la caridad oficial ha abandonado por completo los deberes sagrados que sobre ella pesan.

Hora es ya de que no perdamos el tiempo vociferando contra los encargados de velar por tanto infeliz que lucha con el hambre.

Importa también tener presente la necesidad de fustigarnos á nosotros mismos, por que todos sin darnos cuenta contribuimos á ese horrible sacrificio del martirio no levantando la unánime protesta contra los culpables de tal cuadro de horror.

Acudamos por el momento con nuestra limosna á salvar el tétrico espectáculo que desde ayer viene desarrollándose con siniestros caracteres en nuestros asilos benéficos y después, en manifestacion pública vayamos todos á protestar de la indolencia é incapacidad de nuestra primera autoridad civil, causa eficiente de tanta desgracia.

Por que hay que levantar los espíritus y alzarse para pedir justicia, para pedir el cumplimiento de los sagrados deberes incumplidos. Murcia tiene el deber de protestar, con protesta rotunda y fuerte que extremezca á esos personajes aguardarropados en las doradas estancias sin cumplir lo que es de obligacion que cumplan, teniendo bajo su poder á tanto infeliz hambriento y desarrapado ¡sin darles pan siquiera!

La Murcia honrada, la Murcia caritativa y noble, protesta en contra de los que pudiendo, no resuelven el conflicto del hambre. ¿Qué harán esos señores?

¿Qué harán? «Hoy como ayer, mañana como hoy»....

Y tal monótono proceder, siempre lo mismo, sin esperanzas de mejores dias, impone una reaccion en el espiritu público, impone una protesta que repercuta «arriba», á ver si entonces, el hambre que de continuo diezma en los asilos oficiales de Murcia, huye.

Si no se hace asi, ¡pobrecitos asilados!...

Y mientras, no faltarán oraciones y demás actos cristianos por parte de esos señores de guardarropia, ocultos en sus doradas estancias.

Una limosna, por caridad, pedimos hoy para el hambre; un acto de energia pedimos para mañana, en favor de los desvalidos.

DE MADRID Á MURCIA

El agorero

Como el legendario agorero, el presidente del Consejo que es blando al comentario, ha dejado volar la sin hueso, adjudicándose la permanencia en el poder hasta el año 1902.

No se puede tomar en serio este angurio del Sr. Silvela por que será ridículo. Ridículo, por que aun cuando hay una opinion flaca, debil y afeminada, aun queda pudor en España para no consentir que se le infiera tal ofensa.

Todos los políticos ofrecen hablar claro ante el Parlamento.

¡Dios quiera no lleguen tarde!

Porque los trabajos que en secreto se realizan son muchos y de importancia, segun rumores.

La presidencia del Congreso

Sigue siendo toma de preocupacion para no pocos ministeriales, el de averiguar quién ha de ser presidente del Congreso cuando se reanuden las tareas parlamentarias.

Háblase entre los más conspícuos ministeriales de la correspondencia que el jefe del Gobierno viene manteniendo estos dias con los Sres. Pidal y Villaverde.

Cuentan aquéllos que el exministro de Hacienda apremia mucho pidiendo el cumpliento de promesas que se le tienen hechas.

Presumen que el Sr. Villaverde ha de venir muy pronto á Madrid para tratar del asunto con el Sr. Silvela.

Pero á pesar de todo eso, consideran que el pleito está ya fallado en favor del Sr. Pidal.

Silvela y Allende

Ayer tarde estuvo en el Ministerio de Hacienda el presidente del Consejo.

Ayer noche estuvo en el Ministerio de la Gobernacion el ministro de Hacienda.

Tantas idas y venidas son para tratar de los proyectos extraordinarios que en los diversos ramos de Hacienda ha de presentar el gobierno á las Cortes.

Propónese el gobierno presentarlos en cuanto se abra el Parlamento.

Redencion á metálico

Se ha dictado una disposicion del ministerio de la Guerra concediendo un plazo hasta fines de Octubre próximo, para la redencion á metálico de los reclutas procedentes de revision que han de ingresar en filas.

Comision de padres de bachilleres

La Comision que ayer visitó al señor Ministro de Instruccion pública, no pudo recabar ninguna concesion, respecto á los derechos de ingreso en facultad sin examen. El Sr. Ministro sostuvo el criterio de que puede reformar por decreto lo que es ley por Cortes, enormidad jurídica cuyo alcance á todos debe ser conocido.

Lo único que prometió fué benevolencia para los que se presenten este año, atendiendo al poco tiempo que han tenido para prepararse. Asímismo, que los suspendidos ahora puedan volver á examinarse en el próximo Abril, y que se amplia hasta el 30 del corriente el tiempo para solicitar examen de ingreso, para cuantos por justa causa no lo hayan podido hacer hasta hoy 20, en que terminaba el plazo.

X.

20 Septiembre 1900.

PÁGINAS DE LA HISTORIA

Ana de Austria

Cuando apenas tenia trece años la hija de Felipe II de España, muchacha alegre, vivaracha y coquetuela, casáronla con Luis XIII, melancólico, enfermizo y delicado, falto, por tanto, de las energias varoniles que hubieran sido precisas para sujetar y no contrariar á Ana de Austria.

Aunque el matrimonio no se consumó hasta mucho tiempo después, tuvieron los autores de tal enlace la mala ocurrencia de fingir todas las ceremonias del dia y de la noche de bodas.

Tan encontrados caracteres no podian producir la felicidad en el matrimonio, y mientras Luis XIII se reunia con sus amigos y favoritos, entre ellos el famoso Luynes, no acordándose para nada de su esposa, esta solo pensaba en su marido al surgir nuevas diferencias que los separaban más, naciendo de tal conducta murmuraciones y hablillas que perjudicaban su buen nombre.

De ella estuvo perdidamente enamorado el Cardenal Richelieu, bien por expontáneo impulso ó por lograr la alianza de los protestantes con Gustavo Adolfo de Suecia contra la casa de Austria. Estos supuestos ó reales amores llegaron á andar en coplas, así como el Cardenal llegó después á ser enemigo encarnizado de la Reina, hasta el extremo de acusarla de estar complicada en la conjuracion de Chalais, logrando que el rey la reprochara ante el Consejo su convidencia con los extranjeros y sobre todo con España.

Ana de Austria tuvo un hijo á los veintitres años de matrimonio, y esto, que debia poner término á las censuras del pueblo, las encendió más sin favorecer nada á Luis XIII, á quien más tarde habia de suceder el nuevo vástago con el nombre de Luis XIV.

Al morir el rey en 1643, un año después que el cardenal Richelieu, el Parlamento encomendó la regencia del trono á Ana de Austria durante la minoria de su hijo, poniendo ella su confianza para la gobernacion del reino en el cardenal Mazzarino, quien fué causa de la famosa guerra civil de Francia por sus abusos y sus aumentos en la tributacion del pueblo.

Si esta situacion pudo sostenerse algun tiempo, se debió á las victorias del general Condé, pero una vez rotas las hostilidades tuvo la reina que huir de Paris, corriendo muchos peligros, escarnecida en las calles y vilipendiada, hasta que conseguida la normalidad, Ana de Austria cambió por completo de modo de ser y su comportamiento fué tan distinto que se dedicó á obras piadosas, hizo construir la iglesia de Val de Grace y en ella murió de un cáncer en 20 de Enero de 1666 á los sesenta y cuatro años de edad.

Habia nacido en 22 de Septiembre de 1602.

Hernando de Acevedo

La promesa

¿Ves esta llanura inmensa, aquellas montañas á lo lejos, este rio, estos árboles, estas flores, estos rebaños?

—Sí—dijo Emma,—si lo veo.

—Pues todo esto es mío y será tuyo si me entregas en cambio tu corazón.

—Es poco lo que me ofreces.

—¿Poco?... ¡oh! yo te daré más, mucho más... ¿Ves este magnífico palacio?, pues en él guardo tesoros inmensos, riquezas fabulosas...

—Es poco—replicó Emma.

—¿Poco?... Si llego á poseerte un dia, seré tu esclavo; tus palabras serán órdenes; tus más pequeños deseos se verán cumplidos al instante...

—Es poco aun—dijo por tercera vez.

—¿Qué deseas, pues?...

—¿Ves este cielo azul, de un azul más puro y hermoso que el de mis ojos?

—Sí.

—Pues yo deseo este cielo.

—Pero Emma, esto es imposible.

—Pues imposible es tambien que seas el dueño de mi corazon.

—¡Oh! no, yo quiero que seas mia. Pide otra cosa, haré lo que desées con tal de verte satisfecha, lo que pides es una locura, una quimera...

Emma no me escuchaba, huyó de mi lado sin mirarme, fijos sus ojos en el cielo que tanto ambicionaba y sin acordarse de mí.

¿Cómo satisfacer aquel capricho de mi amada?

Era rico, inmensamente rico, pero de nada me servia el dinero en aquella ocasión. Mi única ambición se cifraba en poseer el amor de aquella mujer, pero aquella mujer á cambio de su corazón me pedía un imposible.

Estaba entregado á reflexiones bien poco lisonjeras, cuando apareció ante mí una mujer hermosísima. Era rubia más que el oro, su tez blanca como la nieve, sus ojos azules me recordaron los de mi amada.

—No deseperes—me dijo,—yo puedo satisfacer el capricho de Emma.

—¿Tú?

—Sí, yo soy el *hada del amor*. Toma estas alas, con ellas podrá volar hasta el cielo.

Y el hada desapareció.

—

Emma estuvo muy contenta cuando le di las alas, y se las puso en seguida y partió.

Estaba intranquilo, desesperado, cuando vino á visitarme el hada de la otra vez.

—¿Estás triste?—me preguntó.

—Si, Emma no ha vuelto.

—Ni volverá.

—¿Por qué?

—Ha encontrado tan hermoso el cielo que no piensa en volver.

—¡Pero ella me prometió su corazón!..

—¡Oh, amigo mio, la mujer promete muchas veces lo que nunca podrá cumplir!

—Pero Emma...

—Emma es cual todas: no tiene corazón.

Francisco de A. Soler.

UN VIAJE POR LAS INDIAS

I

Calcuta posée, como ¡San Petesburgo, en un pantano sobre la margen izquierda del Hongli, uno de los brazos del Ganges, que forma un puerto capaz de dar abrigo á buques de quinientas toneladas. El barrio musulman, llamado *ciudad negra*, no presenta sino chozas de bambú, cubiertas de hojas; pero la parte europea, construida admirablemente, parece una ciudad de palacios. En 1717 Calcuta no era más que un pueblecillo; pero hoy es la metrópoli de la India Inglesa y una ciudad de más de seiscientas mil almas, donde se han hecho, aun por los mismos asiáticos, fortunas tan considerables como las de Rothschild y Baring. Ni podia ser de otro modo. Calcuta es un centro mercantil de Europa, Asia y Oceania, donde se acumulan la cabra de almizcle y el ruibarbo, que los montañeses del Tibet han cambiado en Patua por hierro, telas y paños de Europa; de donde parten para Agra y Dehli el opio, el azúcar, la seda y las muselinas; donde se embarcan el arroz y otras mercancias estimadas; de donde parten para Asham cargamentos de sal, que vuelven convertidos en oro, plata, marfil, seda y otros objetos, debiéndose observar respecto de la seda, que en Asham la produce el gusano, sin necesidad de los cuidados del hombre, el cual no tiene más trabajo que recogerla. Tantas riquezas, á las cuales agrega aun Bengala mil productos, recogidos en las costas de Malabar y de Coromandél, en China, en el golfo Pérsico ó en el mar Rojo, se pagan en especias, agua de rosa y oro, que la Europa compra al precio de toda su industria.

Prevaliéndonos de la licencia que nos abrogamos nosotros mismos al escribir estos viajes, vamos, si place al lector, á dar un paseo por las cercanias de Calcuta, dirigiéndonos á las orillas del Ganges.

«¡Qué cuadro tan animado y pintoresco, dice el autor de las «Cartas», se presenta á la vista en aquel llano, que se extiende á muchas millas! en una parte se descubre una multitud de indios bañándose; no ha muchos dias ví á un pobre leproso, flaco como un esqueleto y estenuado por la enfermedad, tendido sobre la arena, y sentado á su lado otro individuo que le observaba tristemente. No lejos de ellos un *bramán* de cierta edad y severo aspecto, sentado sobre un mullido alfombrado de hojas de árbol, se miraba en un espejo, después de haberse pintádo el rostro, espalda y pecho con el mayor esmero y proligidad. En otra entrada, aunque de mayor extension, cubierta con ramaje y esteras de juncos sostenidas con estacas, formando como un parasol, se hallaba reunida una completa sociedad de *bramanes* y uno de ellos en extremo grueso, se hacia lavar por los otros; no lejos de aquel sitio, algunos fakires embadurnados con greda, desordenada la barba y cabello, apesar de estar trenzado: algunos de ellos, si lo tienen muy crespo, lo rodean á la cabeza á guisa de voluminoso turbante, echándole polvos blancos ó encarnados. Un infeliz anciano se había hecho conducir para probar si el fresco ambiente del aire libre le confortaba: su extenuado cuerpo y empañados ojos manifestaban su próxima muerte. Lleno de robustez y de vida salía del baño un bello joven, ostentando su poblada y rica cabellera, que dejaba secar al calor de los oblícuos rayos del sol de Poniente. Por otro lado, algunos indios conducían un muerto á su última morada, y una multitud de monstruosos cuervos marinos, buitres y otras aves de rapiña se cernían por el aire, describiendo círculos alrededor de la huesa,